

LAS

CAMDENAS.

LUCES QUE PONEN EN CLARO MUCHAS COSAS OSCURAS.

SE ENCIENDEN CADA DOMINGO.

Se suscribe

En la papelería de Sala, hermanos, calle de la Union, 3,
 Librería de Ginesta, calle de Jaime I, y en la Redaccion
 bajada de S. Miguel, Palacio de Contellas, cuarto bajo.

Precios.

En Barcelona 4 rs. al mes.-En Madrid, Valencia, Sevilla
 y la Bordeta, algunas cajas de fósforos de Cascante.-En París
 y Nueva Holanda, tres bugías esteóricas.-En Pekin gratis.

SALDO DE CUENTAS.

«Sunt bona, sunt quedam mediocra, sunt mala multa
 Quæ legis; hic aliter non fit, avite, liber.»
 MARTIALIS. lib. 1. Epigrammatum.

En circunstancias bien difíciles por cierto emprendimos la publicacion de este semanario teatral, movidos no por la idea de un lucro, que bien comprendimos no podia haberlo en publicaciones de esta especie; ni menos por la ridícula pretension de adquirir fama literaria, como nos supuso tiempo atrás un cofrade. Nuestro objeto fué mas noble, mas laudable. La crítica, que bien dirigida corrige y reforma, habíase convertido en nuestra capital en órgano de miras mas ó menos interesadas, mas ó menos egoistas. Exaustos la mayor parte de los que la dirigian de los verdaderos conocimientos, sin fé en los principios, y careciendo del necesario valor para resistir á la tempestad de las pasiones, convirtiéronla en impertinente, iracunda, sin elevacion de miras, pedantesca y falta de buen gusto. Llevados de su parcialidad, confundieron lo agradable con lo bello, lo físico con lo intelectual y olvidáronse de que el gusto puede ser variable segun las épocas, parcial en las naciones, incierto, caprichoso y movible en los individuos, como decia un crítico, pero la belleza es siempre tenuta por tal en todas partes.

El sistema que se empleaba no tardó en producir sus efectos, porque el público, amante de la novedad, fácil en dejarse seducir por ideas halagadoras, esencialmente descontentadizo y quisquilloso, corria en tropel al teatro llevado mas bien por la manía de criticar que por el deseo de sentir, convirtiendo poco menos que en una plaza de toros, ese monumento del genio que debiera ser una escuela de ático gusto, un espejo en materia de costumbres, de delicadeza y de decoro. Y cuando el teatro tiene por juez á un pueblo harto sensible al soborno de la coquetería ó de la belleza, entonces es cuando se manifiestan en toda su intensidad la decadencia del buen gusto, el amor al artificio, y la pérdida de la sencillez que tanto contribuye á realzar al mérito. Entonces lejos de encaminar los pueblos á la verdadera cultura, inspiran no pocos resabios de algarabía, al-tisonancia y gongorismo: de manera que si bien puede evitar una autoridad vigilante que se transformen en escuelas de relajada moral, no se puede ya impedir que descarrien en men-gua de la literatura y de las artes las llama-radas de una destemplada imaginacion; sino-se convierten, en determinadas circunstancias en, instrumentos de pasiones mas bastardas. A contener estos síntomas de decadencia se hubieran dirigido nuestros esfuerzos, sino hubiésemos debido dedicar con preferencia la

atención á una precisa parte de la prensa que, como hemos dicho antes, impulsada por cierta parcialidad, y mas amiga de la adulación que verdadera conocedora del mérito artístico, habia pasado á ser la intérprete de los sentimientos y deseos de un reducido número de personas, y la originaria del mal que lamentábamos.

Militaba además otra circunstancia y era el lamentable abandono que hacia el público del teatro español derivado en parte, ya de que nuestros coliseos no contaban con compañías mas homogéneas, que pudieran poner en escena las comedias y dramas con toda propiedad y presentar un cuadro completo, como acababa de verse pocos meses habia; ya del cierto desprecio en que se tienen las representaciones españolas, y de la ciega y desmedida preferencia que por una especie de frenesí, ó de mal entendido *gran tono* se dá á las óperas. Nosotros que tenemos una decidida afición á todo lo que es español, no podíamos menos de interesarnos vivamente por el arte dramático en Barcelona; y aunque desesperanzados de conseguir una victoria sobre tan mal fundada opinión, quisimos tambien arrimar nuestros débiles hombros al edificio que parece desplomarse y hundirse para siempre, como no venga una mano reparadora que le salve de tan inminente ruina. Y en verdad que deseáramos para nuestra honra y decoro nacional que el pueblo Barcelonés desterrase tan necia y ridícula preocupacion, acudiendo al teatro á tributar el debido homenaje á nuestros actores, con lo que daría una prueba mas de su buen criterio, y contribuiría al realce y esplendor de la literatura española no menos que á la formación de buenos artistas que de dia en dia se van perdiendo.

Bajo estos conceptos emprendimos con fé, y hasta si se quiere con sobrado entusiasmo, la espinosa y árdua tarea de críticos, sin que se nos ocultáran los grandes sinsabores por qué habíamos de pasar, siempre que tuviéramos la audacia, si es que audacia pueda llamarse, de decir la verdad desnuda y sin paliativos de ninguna especie. En tal estado, lanzados ya al palenque literario, tropezamos desde luego con el inconveniente de la elección de las armas, esto es, el lenguaje que íbamos á emplear; y colocados en la alternativa de elegir

entre el serio y el festivo, no titubeamos en adoptar el primero para ciertos casos, y en general el último, que consideramos mas análogo al objeto que nos proponíamos: la corrección del que usaba la mayor parte de la prensa de esta capital, que no dudamos haber hasta cierto punto conseguido. Y es en balde que se trate de oponérsenos lo contrario porque la lógica de los hechos es irresistible.

En el ejercicio de nuestro cometido nos hemos visto precisados á atacar mas de una vez procediendo siempre con la nobleza que nos caracteriza, sin cubrir nuestro rostro con antifaz de ningún género y sin convertirnos en nuevos Proteos: frente á frente, y cuerpo á cuerpo. Y cuando esperábamos que fuera aceptado el reto, nuestros antagonistas han creído oportuno huir el cuerpo y andarse por los cerros de Ubeda, como vulgarmente suele decirse, no sin que en su vergonzosa fuga hayan arrojado algunos dardos de mala ley que de rechazo hánles herido en su mismo rostro. En verdad que tambien podrá calificarse de algo duro el lenguaje que hemos empleado en algunas críticas, pero no de inconveniente, y debemos confesar no lo habríamos adoptado nunca, á haber tenido presente algunos escritores aquella hermosa y sublime máxima de Montesquieu: «La caridad que ejercemos con los demás, es tambien caridad para nosotros mismos.»

Hemos indicado al principio que uno de nuestros colegas nos habia creído con pretensiones y ávidos de fama literaria. Lejos de nosotros tal pensamiento. Intimamente persuadidos de nuestro escaso valer, no hubiéramos tomado la pluma si, como llevamos dicho, otro objeto mas elevado no nos hubiese impulsado á ello. Y aun cuando los escritos que hemos dado al público carezcan de mérito literario, no dudamos tendrán el de la originalidad, circunstancia que no les será dable justificar á muchos otros. Hé aquí porqué nos apropiamos los palabras del príncipe de los epigramistas, nuestro célebre poeta Marcial, que sirven de epígrafe á este artículo.

Explicado el motivo de nuestra aparición en el orbe literario con la publicación de LAS CANDILEJAS, que interrumpimos por terminar hoy el año cómico, debemos manifestar nuestra gratitud á los Sres. suscritores que

han contribuido al sosten de las mismas. Al reanudar nuestra tarea no se crea desistamos de nuestro propósito: inaugurada por nosotros la lucha no abandonaremos el campo. En el terreno de la razon, del arte y de la sana lógica combatiremos á aquellos escritores que trocando su pluma por el incensario y llevados de su parcialidad desnaturalizan la crítica, sin que nos importen el punto en que estén ni los nombres con que se encubran. Hechos y razones, y no vanas palabras, son lo que les opondremos; y, á guisa de caballeros andantes, hemos prometido *no comer pan á manteles ni con la reina folgar*, hasta haberles arrancado su hipócrita máscara, ó que en el campo de la discusion nos hayan completamente vencido, á fin de poder esclamar entonces como Francisco I:

«Todo se ha perdido menos el honor.»

PARALELO

ENTRE LOS CANTANTES DE NUESTROS
COLISEOS.

En nuestra 22.^a iluminacion dejamos apuntadas algunas observaciones sobre la mala direccion de nuestros teatros líricos y algunas de las causas que en nuestro concepto han influido en ella. Lamentábamnos entonces del poco acierto en la eleccion de óperas, que solo han alcanzado dos ó tres representaciones, debido en gran parte á no haber las empresas estudiado las facultades de los artistas de sus respectivas compañías. En un teatro habrá podido influir poderosamente el voto casi unánime de la prensa, que al comenzar la temporada se empeñó en hacernos pasar por cantores generales á una tiple y un tenor que cuentan con un escasísimo repertorio, como lo ha probado la esperiencia; y en el otro el haberle salido frustrados á la empresa todos sus cálculos. Como quiera, no entraremos á examinar detenidamente otras varias causas, como lo hicieramos, si los estrechos límites de nuestro periódico y las graves ocupaciones que pesan sobre nosotros nos lo permitieran. Pero al concluir el año cómico de 1856 á 1857, queremos dejar consignada nuestra humilde opinion acerca de las facultades de los artistas

líricos de los TEATROS DE SANTA CRUZ y del LICEO.

Un distinguido crítico de la Côte dividia en cuatro clases el número de cantantes que se conocen, que nosotros dividiremos en cinco, aun cuando la última es de todo punto inútil, á saber:

1.^a Pertenecen á esta clase aquellos que al génio creador reunen inmensas facultades vocales: estos son los menos.

2.^a Cantantes en quienes el génio y talento suplen á las facultades vocales que la naturaleza les negó.

3.^a Aquellos que, á falta de las mencionadas circunstancias, logran con un contínuo estudio neutralizar los efectos de su poca voz ó las desagradables impresiones de una de mucho volúmen, pero indómita y de mala calidad.

4.^a Cantantes que careciendo de génio y de talento ostentan un magnífico órgano vocal, que en algunos es cuanto tienen; en otros acompaña á la buena voz el método y estilo: esta clase tiene mil subdivisiones.

5.^a Los que no tienen voz ni talento, y maldita la falta que hacen.

Si quisiéramos asignar un sitio marcado á los artistas de nuestros teatros, diríamos que: la Peruzzi, Landi y Selva, pertenecen á la segunda clase; la Goldberg y Agresti, á la tercera; la Anselmi y Mattioli, á la primera division de la cuarta; Fagotti y Rodas, á la segunda de la misma. Ninguno llega á la primera. Landi tiene talento, génio é inteligencia para poder aspirar á ella, pero carece de un órgano vocal puro y pastoso, para la música de ejecucion.

Como una prueba de nuestro aserto bastará establecer un parangon, y hallaremos que el talento y génio en la Peruzzi ceden el paso á los grandes efectos obtenidos con el estudio, no porque carezca de una buena escuela, sino que el metal de su voz no presta para brillar como á cantante de ejecucion. Lo contrario sucede en la Goldberg en quien, al paso que reconocemos dotes para lucir en este género, fáltale un órgano vocal puro y simpático, y el necesario estudio para sacar el partido que Mmes. Laborde y Nantier-Didiée.

Entre Landi y Agresti, se ve que el primero es de aquellos cantantes que crean y dan un impulso y direccion marcada á la escuela de

canto de su época: el segundo no hace mas que lo que le enseñaron y trata de imitar los mejores modelos que ha tenido á la vista. A aquel le falta poco para ser un artista completo: este no es mas que un buen cantante.

Selva tiene talento, génio y una perfecta escuela, pero su voz está en decadencia. Rodas la posee muy buena y agradable unida á un buen método, que luciria mas si se descartara de ciertos vicios que ha tomado en estos últimos años.

En Fagotti oímos una bonita voz, bien que reducida, de la que ha sabido sacar un ventajoso partido: merced á su bella escuela y un largo estudio; lo que no ha podido lograr Mattioli con tan magnífico órgano vocal, á causa de su apatía é indolencia. Y aun cuando no consideramos á estos artistas con el talento suficiente para crear un personaje, observamos mas disposicion para imitar bien en el primero, que en el segundo.

La Anselmi tiene muy buena voz y talento para lucir en el canto moderno, pero carece de método y de la seguridad necesaria para no subir ó bajar la entonacion, circunstancias que solo logrará estudiando muchísimo y procurando imitar á los buenos artistas.

Hé aquí el juicio que en nuestra insuficiencia hemos formado de los cantantes que concluyen hoy su contrata. No crean estos que la menor prevencion dirija nuestra pluma: si alguno hay que no lo encuentre á su gusto, culpe á sí mismo, no á nosotros. No conocemos otro lenguaje que el de la verdad; y en este supuesto, concluiremos encareciendo á las empresas la necesidad de procurar, en todo lo posible, que los cuadros de sus compañías sean mas homogéneos, seguras de que ellas tocarán el mejor resultado. Procuren estudiar el gusto del público que mas las favorece, y presentar cosas nuevas, desterrando de su repertorio ese cúmulo de óperas que, sobre haberse visto muy bien representadas, hánse repetido á saciedad, y no duden les proporcionará mayores lucros que no han logrado conseguir hasta ahora.

DOS DRAMAS.

Amantes como el que mas de las glorias del Teatro español, tomamos con placer la pluma siempre que podemos dar cuenta á nuestros lectores de los triunfos alcanzados en la escena por algun escritor dramático, ó por alguno de los pocos actores que vienen sosteniendo con honra la carrera de los Maiquez y los Latorres. Júzguese pues cual será nuestra satisfaccion al ocuparnos hoy del brillante desempeño que ha cabido en el TEATRO PRINCIPAL al drama del señor Rubí, *Isabel la Católica*.

Sin ánimo de entrar en el análisis detenido de aquella produccion que tanta fama ha valido á su autor, pues sobre faltarnos tiempo y lugar para ello seria inoportuno despues de lo muy conocido que es en esta ciudad, nos creemos obligados á decir que en nuestro concepto, si bien no es una obra acabada, si bien descubrimos en ella varios lunares, algunos de ellos de bastante importancia, no creemos sin embargo merezca las invecivas que en otra época le dirigieron criticos á quienes seguramente movian mas las afecciones particulares que las únicas miras que han de dirigir á los que de teatros escriben.

No podemos menos de aplaudir que la Sra. Palma escogiese para su beneficio aquel drama que, sobre prestar ancho campo á su talento para lucir sus no comunes dotes, y versar sobre una época y unos reyes de los que mas gloria dieron á la nacion española, tiene para nosotros un atractivo mas, el de haber sido en las playas de Barcelona donde desembarcó Colon despues de descubrir el Nuevo Mundo.

A la verdad no sabemos como espresar el modo cumplido y acabado como aquella actriz nos presentó á la gran reina, dándonos á conocer su dignidad, su gran corazon y el amor que profesó siempre á su pueblo. En el primer acto es la mujer que vive tranquila en el seno de su familia, libre de los graves cuidados que pesan sobre las cabezas reales, en el segundo la dama de la edad media que premia el valor y el esfuerzo del noble caballero que rompe lanzas por ella, en el tercero la hembra de ánimo esforzado, la gran reina que trocando las sedas y las galas de la corte por la espada y la coraza escita con su presencia el valor de los soldados que van á apoderarse de Granada; despues la protectora de Colon, que compra con sus propias joyas un nuevo mundo para España y un renombre inmortal para ella; siempre la Reina católica.

A cada paso se veia interrumpida por entusias-

tas aplausos, á cada paso era admirada por todos, pero donde se mostró para nosotros grande y verdadera actriz fué al tomar la defensa de los castellanos contra los dichos de Fernando, cuando con su potente voz contiene á los insurrectos que han asaltado el alcázar y cuando escucha á Colon que le explica el fundamento de su manía.

El Gran Capitan, *Gonzalo de Córdoba*, tiene en el drama que nos ocupa un lugar secundario, como no podia menos de suceder al lado de la *Reina Isabel*, pero no por ello necesita cualidades menos recomendables por parte del actor que lo desempeña: inútil por lo tanto es decir el modo como se presentó habiéndose encargado de él el Sr. Valero (D. José), que en distintas ocasiones compartió justamente los aplausos que se tributaron á la señora Palma.

El Sr. Saez, encargado de la parte de *Colon*, escogió para su beneficio este mismo drama, y en verdad hizo bien, pues indudablemente es uno de las que con mas acierto ha interpretado. En distintas ocasiones mereció la aprobacion del público por la dignidad de que supo revestir á aquel personaje, sobre todo en las escenas con *Gonzalo de Córdoba* y la *Reina Isabel* en los actos tercero y cuarto.

Las señoras *Marin* y *Tenorio* en sus partes de *Beatriz* y el paje *Pimentel*, bien, lo propio que *Suñé*, *Isidoro Valero* y *Sarmiento* en las de *Fernando*, *Boabdil* y el *Cardenal*.

La direccion del drama ha sido esmeradísima; se ha puesto en escena con propiedad y se han lucido magníficos trages, sobre todo por parte de la Sra. Palma, que en el acto tercero sacó una riquísima armadura, copia, segun creemos, de la que existe en la Armería Real de Madrid y que habia pertenecido á *Isabel I*.

Despues de esto no nos atrevemos á hablar de la *Magdalena*, drama del Sr. Decarrete, que esta semana se ha representado en el Circo y en el Liceo. Aunque no ha sido de lo peor ejecutado este año en aquellos teatros, no pudiéramos hablar de él tan favorablemente como quisiéramos, sobre todo habiéndolo visto la temporada anterior por la *Gimenez* y *Valero*.

Aquí acaban por ahora nuestras tareas, pero al despedirnos del público, de los empresarios y de los actores, no podemos menos de encarecer á estos últimos que procuren siempre escoger aquellas producciones que sobre tener un objeto grande y elevado, reúnen las calidades literarias, indispensables para sostener el teatro á la altura que se merecen, y que cuiden de presentarlas con el esmero que exigen los autores y el público; á este, que si el teatro no es como han di-

cho algunos la escuela de las costumbres, es por lo menos un termómetro para conocer la cultura de los pueblos; y finalmente á las empresas que, solo contratando para el año próximo buenas compañías, es decir, conservando los buenos actores que ahora tienen y sustituyendo por otros los que no lo son, lograrán honra y provecho.

Para bien de unos y otros deseáramos tuviesen todos presentes nuestros consejos; si así lo hicieren Dios se lo premie, sino pronto se lo demandará

Serpenton.

El derecho del pequeño.

(Tradición.)

VII.

Del segundo tropiezo que le sobrevino al conde en su marcha precipitada.

Y andando, andando y andando sucedió que D. Gutierre dió consigo en una choza que llena estaba de gente cuidadosa de pasar la noche de un modo alegre. Incentiva fué y no escasa la bulliciosa corriente del festin, que mal guardaban las pizarrosas paredes, y tras aquella algazara chocante por parecerse en mitad de un bosque, al sol que dibujan los pinceles sobre de un fondo apagado, el buen conde D. Gutierre sin encomendarse á nadie tomó asiento en el banquete. Quiso guardar el incógnito empero, que así conviene camine el zorro escondido si apresar la oveja quiere y como al mundo viniera con la mas pícara suerte ninguno de los que estaban de codos en los manteles cegados por el olor de los tarros y las liebres, por dueño de sus haciendas logró audaz reconocerle. Le obligaron sin embargo á servirse y á comerse una porcion de cabrito disfrazada con pasteles, á beber á su salud y alegrarse y encenderse

Y el buen conde que tenía
un hondo pozo por vientre
no daba un punto de tregua
á las carnívoras dientes,
ni por comer, proscribía
el culto á Baco y á Ceres.

Buena estaba la comida,
el arroque era excelente,
los villanos bulliciosos,
las barraganas celestes,
y una ocasion tan propicia
de alegrarse y encenderse
no se desdénaba nunca,
que no se ofrecia siempre
pasar la noche con mozas
de buen talle y de buen temple
mientras hervia en los vasos
el licor, y los rabeles
adormecian el ánima
codiciosa de deleites.

Comun se hizo al viandante
hacer honores de huésped,
que en esto los españoles
distinguirse mucho suelen;
mas se notaba por parte
de todos los asistentes
cierta oficiosa porfia,
cierto conato eficiente,
en complacer al incógnito
é inundarle de placeres,
que rayaba en demasia
para plebeyos cortesés.
Nada reparó el buen conde;
bebió hasta apurar las heces
del mosto, jugó al arrullo
de las mañosas mujeres
perdiendo dinero y joyas
detrás de los cubiletes;
y se entretuvo hasta que
se sintió languidecerse
los miembros, cerrar sus párpados,
mal que á sus párpados pese
y entre mozas y villanos
rodar por el suelo inerte.

Al despertar, se encontró
tendido sobre unas mieses
mano con mano sujeta
por la espalda á unos cordeles.
Victima de estratajema
de siervos irreverentes;
y para colmo de males
(la crónica dice *bienes*)
con la luna que cumplidos
sus deberes de satélite
descendía majestuosa
sobre el purpúreo Occidente.

VIII.

Un óbice que no es óbice.

En este lugar, la crónica
está comida de ratas;

y como no quiero erratas
maliciosas cometer,
tras de la verdad histórica
iré sin mas digresiones
al final, que los ratones
no se dignaron roer.

IX.

La noche de novios.

Un poder hay en el mundo
invisible al par que eterno;
poder que engendró el infierno
y se nutre de su hiel:
que amaga á los hombres buenos
y Dios permite el amago
para que obtengan el pago
de haber luchado con él.

Este poder cuyo hálito
emponzoña cuanto toca,
que la ira del justo evoca
y hace al justo dubitar;
se presenta las mas veces
á los ojos del malvado
con las formas arropado
de fortuna singular.

Fortuna, pues, y no escasa
fué para el conde soltarse,
y á sus gentes acercarse
que le buscaban do quier.
Y antes de rayar el día
vencidos ya tantos males,
llegar hasta los umbrales
de su imantada mujer.

Puso el buen Conde la mano
sobre el añoso postigo,
defensa y único abrigo
de la virtud y el candor.
Tras él descansaba imbele
la hidalguía castellana,
tras él se adormía llana
con el sueño del honor.

Cobarde presentimiento
el pecho del conde agita;
antes de avanzar medita
si retroceder ó abrir;
tiembla la mano en el pomo
de la torpe cerradura...
si mas la angustia le dura
fuera cosa de morir.

Sin amor... empuja y abre
la puerta, que sorda gira:
entonces se obra por ira,
por no dar un paso atrás,
se camina á la ventura,
como uno de esos muñecos

que andan ó giran entecos
de la música al compás.

Llegó D. Gutierre en breve
á un salon abovedado,
en donde sobre un estrado
y de un velon á la luz;
dormia lánguidamente
la sien ceñida de flores
el ángel de los amores
sancionados por la cruz.

Sus cabellos circundaban
en sedosos espirales
de su rostro los corales,
de cuello y seno el marfil.
Las manos tenia asidas
como piedad invocando
de algun sueño que iba errando
por su mente juvenil.

Imágen preciosa, espléndida,
Vénus dormida era en suma
sobre la nítida espuma
que crea el rizado mar.
Vénus que al amor convida,
Vénus que le llama loca,
y entre los sueños le invoca
y le invoca al despertar.

Tal era Mencía; el Conde
se sintió magnetizado,
y ébrio ya, desencajado
sin fuerzas y sin poder;
se lanza sobre la hermosa
mal guardada molinera,
dispuesto á que suya fuera
la que de otro quiso ser.

Imprime la tosca boca
sobre la tez de Mencía;
como Mencía dormía
Mencía no se movió.
Coje entre su mano ardiente
la mano de la que amaba,
pues Mencía reposaba
su mano yerta quedó.

Entre sus brazos estrecha
D. Gutierre á la hermosura;
Mencía el abrazo apura
sin mostrar ceño su sien;
y D. Gutierre la llama
presa del cuerpo en las redes...
y las vetustas paredes
roncas voces dan también.

Mas á ellas nada contesta
Mencía, nada responde,
y siente correr el Conde

un sudor que glacial
hiela la sangre en sus venas,
pega al paladar su lengua
y le subyuga con mengua
de aquel cuerpo funeral.

Rendido, desatentado
abre á Mencía los ojos;
sus ojos violáceos, rojos
se clavan con fuerza en él,
y entonces quiere apartarse
del lecho que á sí le atrae;
y en vez de apartarse cae
sobre el cadáver cruel,
que le mira, que le mira
sin tregua, lleno de enojos,
que parece por los ojos
lanzarle una maldición;
mientras que los miembros ríjidos
de la vírgen desposada
forman cadena acerada
poniendo al Conde en prision.

Sobre su boca, la boca
fria la muerte coloca;
sus manos entre sus manos;
junto á un pié pone su pié:
y enlaza Dios con el Conde
de la ecsistencia liviana
un monton de carne humana
recuerdo de lo que *fué*.

«Goza tu derecho, le grita
una voz á D. Gutierre;
»tuya sea y no te aterre
»que *el cuerpo* se entregue á tí;
»que *ese cuerpo* ambicionaste
»y *el cuerpo* solo te entregol...
»nunca el alma!... te la niego
»que el alma reside en mí!

»Mañana no bien acabes
»de recojer las primicias
»de esta noche de caricias
»que te concede la ley.
»mi mujer y yo por siempre
»unidos ascenderemos
»hasta el trono do hallaremos
»mejor patria y mejor Rey!»

Epílogo.

Esto se cuenta, y escrito
está al final de la crónica.
Añade, que el Rey sabiendo
una accion tan deshonrosa;
enterado de que el Conde
abusó de su persona
y nombre; de que Fernan
diera la muerte á su esposa
primero que permitir
que de rebelde á la sombra
pasara su limpia stirpe
por progenie procelosa;

que vencidos los obstáculos
que pusiera á la traidora
marcha del de Beltenebros
para evitar las zozobras
de aquella funesta escena,
fué tristemente forzosa;
y que el derecho de pernada
era de fatal memoria
para los pueblos, si bien
abolirlo no era obra
del momento, resolvió
llamar á Fernán á solas
para aquietar su espíritu
é inquirir lo mas que ignoraba.

Fernán se espresó, cual cabe
al amante de su honra;
y las causas que emitiera
de la muerte de su esposa
fueron tales que el monarca
le dijo con voz sonora:

«Hacen los señores derecho
de este tuerto: sea: logran
ponerse mal con los cielos
para su postrera hora:
mas si es su derecho; la muerte
elejir á su deshonra
es el derecho del pequeño,
y mi autoridad lo abonala»

Esto dijo el Rey, en voz
bastante clara y sonora
para que oyesen los grandes
que junto á sus salas moran,
y llegase del palacio
á las mas oscuras chozas.

Esto dijo el Rey y así
se encuentra escrito en la crónica

Mas se sabe que este voto
del monarca se ocasiona
por el anhelo naciente
de los que en solios se apoyan
de deprimir á los nobles
y hacer al pueblo odiosas
las leyes del feudalismo
que ofenden á la corona.
Ligar vasallos y Reyes
esto á los Reyes importa
y esto, juro por mi vida,
que no lo trae la crónica.

FIN

LIRISMO.

GUALTERO DE MONSONIS.

Si alguna vez nos hemos visto embarazados
en el ejercicio de la espinosa tarea de escritores

del ramo de teatros, es sin duda alguna la presente en que nos vemos precisados á dar nuestro humilde dictámen acerca de la obra de dos ingenios catalanes ventajosamente conocidos, el primero como á literato é historiador distinguido, y el segundo como á autor de varias composiciones religiosas y de las zarzuelas «La Tapada del Retiro.» y «Tres para una.» Porque si es un tanto lisonjero nuestro parecer creeráse que lo ha motivado la circunstancia de ser compatriotas, y si por el contrario es algo severo se dirá que es hijo de la animosidad ó nacido de la errónea idea de que los españoles no pueden brillar en el arte musical del mismo modo que los alemanes, italianos y franceses. Y aumentan mas nuestras dificultades, y hacen mas falsa nuestra posición circunstancias especiales con las cuales es necesario acomodarse ó ponerse en abierta lucha.

Para nosotros que no acostumbramos á ver ni oír por los ojos ni oídos ajenos lo primero no se aviene con nuestro carácter; y lo segundo es tanto mas difícil para chocar con la mayoría de los que asistieron á las representaciones de la ópera *Gualtero de Monsonis*, letra de Juan Cortada, música del Mtro. D. Nicolás Manent.

Este jóven es uno de los compositores con que cuenta esta capital y que mas pruebas ha dado de laboriosidad é ingenio. Dotado de una gran facilidad en concebir, en el corto tiempo que cuenta de su carrera artística nos ha hecho conocer lo que podemos esperar de él, ya en la composicion religiosa, como en la lirico-dramática, el dia que, no dejándose arrebatar de aquellas cualidades con que le ha favorecido el cielo, se dedique con perseverancia y ahinco á estudiar filosóficamente la música y á aplicarla oportunamente. Este concepto que formamos de él cuando tuvimos el gusto de oír sus dos citadas zarzuelas, queda ratificado con la nueva produccion que acaba de someter al fallo del inteligente é ilustrado pueblo Barcelonés. Y en verdad que debe de haber quedado el Sr. Manent en extremo satisfecho de su galantería y de la bella acogida que siempre le ha dispensado; pero como consideramos que dicho señor no habrá escrito su ópera para que únicamente sea oída en esta ciudad, sino que deseará que la oigan y juzguen en otros puntos, nos dispensará le advirtamos no se deje llevar de los aplausos alcanzados en sus representaciones.

La ópera que nos ocupa es innegable contiene trozos muy bellos, agradables y que fácilmente se pegan al oído, otros diestramente combinados que producen buen efecto; pero en nuestro sentir no todos están convenientemente llevados, ni desarrolladas las ideas con la oportuna hilación

que requieren, aparte de otros de suyo tan trillados, como los coros religiosos compuestos sobre un canto en *terceras* que, lejos de comunicarles aquella unción y carácter místico, propio de las composiciones de esta clase, les dan el color de unas cancioncillas, por cierto harto vulgares. También notamos poco desarrollo en algunos cantábilles, languidez en algunos andantes, bastante desaliño en algunas cabaletas y varios *ripios* de los que podía muy bien prescindir un autor de genio como el señor Manent.

Estos defectos, algunos de ellos capitales, que acabamos de apuntar, compénsanse por otras piezas muy bonitas, dignas de la pluma de su autor, delicadas, espontáneas y conducidas por una instrumentación robusta y armoniosa. Pero no observamos la unidad de estilo en toda la ópera, de tal suerte, que el tercer acto es tan lánguido que si nuestra opinión valiese algo para con su autor le aconsejábamos lo reformase, porque puede influir mucho en otros públicos en el buen éxito de la misma.

Quisiéramos haber acertado y que el Sr. Manent no interpretara mal nuestras palabras, hijas tan solo de la imparcialidad que guía nuestra pluma, y dichas con la franqueza que acostumbramos en todos nuestros actos.

Por lo que hace al *libretto* de la ópera, debido á la elegante pluma del Sr. Cortada, contiene muy buenos versos tanto mas recomendables por estar escritos en un idioma extraño; y la acción del drama, aunque sencilla, está bien conducida. No podemos menos de tributarle nuestro sincero parabien que le debemos, ya por su bella producción escrita sobre un asunto de la historia de Cataluña, obviando las dificultades con que tropiezan nuestros compositores y proporcionando la ocasión de lucirse á un joven tan aplicado como el Sr. Manent, como por haber sido nuestro maestro y comunicándonos una decidida afición á los estudios históricos.

En el desempeño de la nueva ópera se esmeraron á porfía la Sra. Goldberg, el Sr. Agresti y nuestro compatriota Sr. Rodas, á quien felicitamos por haber escogido para su beneficio la producción de un paisano.

La orquesta y coros contribuyeron á su buen éxito.

Los trages en general fueron propios, y muchos de ellos esmequinos, como asimismo, el servicio de la escena. Otras faltas pudiéramos citar, que no lo hacemos porque, como decía un escritor, *verba repetita genera candonga...*

SAFFO.

El segundo acto de esta bellissima particion y el terceto de *I Lombardi*, que por cierto cantó el Sr. Landi con mas honra que provecho suyo en la noche de su beneficio, he aquí las dos únicas novedades que ha ofrecido el *Teatro de Santa Cruz* durante la semana que concluye. Es bien sabido el gusto y verdad con que canta esta última pieza el aventajado tenor, comunicándola un realce que no habia adquirido con los demás que la han cantado en esta ciudad, por lo que poco añadiremos, como no sea decir que logró como siempre entusiasmar al público, contribuyendo á su buen desempeño la Sra. Anselmi y el Sr. Selva.

Tampoco le fué dable á la Sra. Moscoso de Valero atraer mayor concurrencia, porque el calor se deja sentir ya bastante y los teatros van quedando desiertos. No podemos menos de aplaudir el que esta Sra. eligiera para su el suyo el segundo acto de la Saffo proporcionándonos una nueva ocasión de admirar á la eminente artista Sra. Peruzzi-Selva, en cuyo papel bien puede asegurarse no ha tenido rival en Barcelona, porque ninguna de las cantantes que la precedieron estaban á su altura. Los que como nosotros habian gozado tanto con la sublime obra de Pacini, cuando se puso en escena al comenzar la temporada de 1855, debieron estar de enhorabuena al poder tributar un aplauso, aun cuando no fuese mas que en un acto de su ópera favorita á la brava porque artista, si tal merece llamarse en toda la acepción de la palabra, es sin duda alguna la Sra. Peruzzi en el desempeño de la Saffo, verdadera personificación de la ilustre poetisa griega. Su elevación de alma, lo espresivo de su rostro, el fuego de sus ojos, ante el cual nadie se resiste, su entusiasmo y despecho, su ternura y sentimiento son circunstancias que no abundan ciertamente entre nuestros cantantes, y que no se adquieren; es preciso estar dotado de un gran talento y de un corazón magnánimo como el de esta artista. Sus dignísimos compañeros los Sres. Landi y Selva compartieron con ella el triunfo que alcanzó, no menos que la beneficiada que hizo cuanto pudo para salir airosa de su parte.

LA ELECCION DE ESPOSA.

ÚLTIMO EPISODIO DE LA VIDA DE UN SOLTERO.

III.

Camino de Alemania.

Mientras la diligencia que se dirige de Strassburgo á Francfort subia con dificultad una escabrosa cuesta, dos viajeros que se habian visto obligados á alijerarla de su peso, la precedían *pedibus-andando*, entregándose á los placeres de la conversacion.

—Con qué está V. resuelto á realizar su pensamiento?

—Sí por cierto.

—A pesar de mis razones?

—Ninguna me ha dado V., y no basta repetir á cada paso: «no se case V. jamás con una alemana,» para disuadir de su proyecto á los que, como yo, tratan de hacerlo.

—Pues bien; oigame V. Soy español, tengo treinta y siete años y hace cinco me casé con una mujer que me hace el mas infeliz de los hombres...

—¿No le ama á V.?

—Me adora.

—¿Es coqueta?

—La sencillez personificada.

—Su figura acaso.....

—Encantadora.

—Siendo así tendrá algun defecto oculto?

—Ninguno absolutamente, pero ha nacido en Alemania y le es de todo punto imposible pronunciar correctamente el español. Sabe de memoria el Quijote; comprende perfectamente todos nuestros escritores antiguos y aun algunos modernos, que no es poco; escribe cartas admirables, pero por mas que me desgañito no puedo lograr que pierda el vicio de usar la *efe* por la *ve*, la *pe* por la *be* y al contrario, y es cosa de morir mártir oírse llamar doscientas veces al dia *bichoncito mio*, ó ver que le abren á uno los brazos diciéndole: *fen á mis prazos boprecito*.

—¡Que horror!

—Pues, amigo, todas son como la muestra, y si me ha de creer V. cátese con una francesa, con una italiana, con una patagona si me apura, pero no con una alemana, porque la pronunciación tudesca es incompatible con la felicidad conyugal.

Atanasio se persuadió de que su compañero de viaje tenia razon, y despues de descansar veinte y cuatro horas en Francfort,

—Las francesas que he visto en las novelas, pensó, son finas, cariñosas y amables; esto es lo que conviene al bienestar doméstico..... A Francia pues.

IV.

En Paris.

Desde las ventana de la habitacion que Atanasio ocupaba en Paris, se veia perfectamente el interior de la bohardillade enfrente. Un retrato de Napoleon, una mesa, cuatro sillas y dos jarros con flores encima de la chimenea componian el mueblaje de aquella habitacion que, aunque pobre y reducida respiraba un aseo y esmero tal, que Calabacin acabó por enamorarse de una linda jóven que todas las mañanas aparecia en la ventana luciendo un delantal y un gorro blancos como la nieve, y que indudablemente era una *grisette*, es decir, una costurera francesa.

—¿Porqué no he de casarme con ella? se decia Atanasio, ¿porque es una costurera? ¿Se parecen acaso las costureras de Paris á las costureras españolas? Oh *Julie*!, porque sin duda se llama *Julie*, estoy seguro de que no eres uraña y arisca como tus compañeras del otro lado de los Pirineos, y

que lejos de tener como ellas *el pelo de la dehesa*, eres amable, fina y civilizada. Te creo pura y recatada, pero si te habla el corazon no le resistirás, cándida paloma, y mejor que un bajá de tres colas preferirás un jóven guapo y elegante... como yo.

Y en medio de esta exaltacion poética y amorosa, Atanasio determina ofrecer su corazon y su mano á la hermosa *Julie*. Al efecto al dia siguiente cuando la ve abrir la ventana, se dirige á su casa, y despues de subir cinco pisos penetra en la habitacion. Esta se componia de dos piezas, en la primera no ve á nadie pero oye un ruido de castañuelas en la inmediata, abre con tiento la puerta y ve dos mujeres, una de edad avanzada, tocando la guitarra, y otra jóven, en actitud de prepararse para bailar.

—*Julie*, esclama cayendo de rodillas á los piés de esta última, *Julie* pardonnez á un chavalier qui vous aime, la hardiesse qui l'a conduit jusque chez vous.

—Chez moi! mais vous n'êtes pas chez moi ici, adressez vous à ma mère, la maîtresse de ceans.

—*Julie*, je veux t' épouser.

—On ne m' appelle pas *Julie*, et je suis mariée.

—Cuerno!... Mais je tuerais cet monsieur, et je t' épouserai ensuite, grisette de mon cœur.

—Je ne suis pas une grisette.

—Una princesse!... Ya me lo figuré.

—Non, mais una danseuse, qui doit jouer prochainement un rôle de manola dans un ballet nouveau, et je viens chez ma mère, autrefois la perle des manolas, apprendre l'art de porter la mantille et de danser la cachucha.

—Danseuse ou grisette, n' importe. Soyés toujours ma française.

—Française d' Andaluçie.

—Como! ¿Es V. andaluza?

—Si señó, y á muchísima honra. Como que mi mare me parió en Triana! Pues... ya se ve!

—¡Maldicion!... ¡Que solo pueda encontrar españolas!

Y echó á correr como un gamo.

V.

La signora Marieta Fernandini.

Seis meses hacia que Atanasio estaba en Italia buscando una italiana y encontrando únicamente alemanas, rusas, polonesas, españolas y sobre todo inglesas.

Un dia, al anochecer, se paseaba por el muelle; era tarde y el lugar poco seguro para un extranjero, por cuyo motivo se disponia á regresar á su posada, cuando oyó gritos de «socorro, socorro,» y vió dos señoras que corrian hácia él.

—Signor, le dijo en buen italiano la mas jóven, sálvenos V. de unos ladrones que nos persiguen.

Atanasio no tenia nada del Cid, y á buen seguro no hubiera sabido como componérselas, á no haber aparecido en aquel instante una patrulla de aduaneros. La jóven se habia desmayado y fué preciso trasladarla á una fonda inmediata. Despues de haber recibido las gracias de la mamá, Ata-

renunciar á sus ideas sobre las españolas se casó con su cocinera que no era de ningún país, pues era... catalana.

CHISPORROTEOS.

A LOS EMPRESARIOS.

A LOS AUTORES.

A LOS CANTANTES

A LOS ACTORES.

AL QUE LEYERE LAS CANDILEJAS.

El lector es lo primero,
pues que grite el lector quiero
por despido: ¡¡Viva YO!!
yo es *él*; y yo por añejas
costumbres de los suscritos
representan los escritos
de todas LAS CANDILEJAS.

(Siguen las firmas.)

PÁBILO.

Chirrrrrrrsssssss.

Imp. de LUIS TASSO, calle de Guardia, n.º 15.

JUANA FERNANDEZ

EPÍLOGO.

Seis años despues Atanasio Calabacin regresaba á Barcelona cansado de haber recorrido inútilmente la Europa y las dos Américas; y antes que

ÍNDICE

de los artículos contenidos en las veinte y cinco iluminaciones con que las candidatas han esclarecido el horizonte teatral durante el año cómico de 1856 á 1857.

ARTÍCULOS DE FONDO.

Lo que somos y á que venimos.	1
Del Teatro.	9, 33, 73
De la ópera nacional.	17, 49
Cuestion geográfica.	81
La gran tumba.	89, 103, 139, 154, 169, 177
Artículo que no es artículo.	127
Autores y actores.	143, 129, 145
Nosotros y el album del Torpe.	97
Necrología.	137
Luz y tinieblas.	161
Saldo de cuentas.	193

REVISTAS DRAMÁTICAS.

Sinfonía.	2
La Vaquera de la Finojosa, de Eguilaz.	44
Mi tarea.	48
Era un sueño.	24
Visita á los coliseos.	35
El ramo de oliva, de Cisneros.	41
Mejor es creer, de Rubí.	51
Epístola escrita ex-profeso para el que la leyere.	59
Calenario teatral.	66
La Archiduquesita, de Hartzembusch.	75
Desde la cama.	83
La Mogigata y el Tesorero del Rey.	92
La pluma y la espada, de Larra.	107
Los pobres de Madrid, de Ortiz de Pinedo.	115
Le Médecin des enfants.	122
La hija del Rey René.	124
Nos volvemos á ver.	147
Los polvos de la madre Celestina, de Harzembusch.	155
Cajon de sastre.	162
Crónica teatral.	179
La Escala de la vida, de Rubí.	185
Dos dramas.	196

LIRISMO.

La Traviata.	4
I due Foscari.	5
Stiffelio.	14
Gemma di Vergy.	19
Lucrezia Borgia.	20, 53
El pianista Pujol.	27
Los Hugonotes.	37
Attila.	38
Linda di Chamounix.	61
Poluto.	67
Il Trovatore.	67
A un periódico de la Corte.	78
Liceo y Santa Cruz.	84
Rigoletto.	92
Beneficio del signor Giovanni Landi.	94
Catterina Howard.	100
Debutto de la señorita D. ^a Carmen Poch.	101
Madamme Laborde.	110
Semiramis.	117
Lucia di Lammermoor.	126
Zarzuela.	133
La Sonámbula.	149
Guillermo Tell.	158
El Barbero de Sevilla.	164
Hernani.	166
Salida del tenor Morley, despido de Madamme La-	

borde y representacion de la Norma.

I Puritani.	173
Elisa di Coira.	182
Il Birrajo di Preston.	188
Mr. Henri Herz.	189
Paralelo entre los cantantes de nuestros coliseos.	189
Gualtero di Monsonis.	195
Saffo.	200
	201

POESÍAS.

A Paquita.	7, 45
Paquita á sus adoradores.	22
Dulces misivas á Fabio Angélico.	13, 29, 43, 76
Sobre gustos no hay escrito.	37
Serenata.	46
Emilia.	60
Inocentadas.	62
Juicio del año.	69
Pecunia la bella, poema selvático.	85
Palpitaciones del corazon, zarzuela de circunstan-	
cias.	101
Mojer y flor.	109
En el album de Giovanni Landi.	117
¿Qué es la muger?	117
El baile.	124
Tome V. eso.	125
En el vergel.	148
Cántiga.	150
Letrilla.	150
El bendito Benito.	156
Los ojos de las niñas.	163
A una campesina.	166
El derecho del pequeño.	171, 180, 187, 197

ARTÍCULOS VARIOS.

Comilona.	6
Stiffelio.	6
La cuenta.	11
Rapa quijadas.	21
Las luces, novela aragonesa.	28
Máscaras.	30
Un par de guantes, drama heróico.	39
Bailes de máscara.	45, 87
Bravos.	54
Inocentes.	57
A ti.	65
Fruta del tiempo.	70
Telegrafía.	87
Revista de mi semana.	98
Dios proteja la Francia.	111
Fé de erratas.	118
Teatro mundo.	132, 140
Al sano criterio.	142
La eleccion de esposa.	172, 190, 201

PARTE ECONÓMICA.

Libros.	46
Ferías.	64
Aguinaldos.	72
Obras y periódicos.	96
Al disfraz perfecto!	128
Música.	128
Medicamentos teatrales.	136
Diversiones públicas.	160